



Seix Barral Biblioteca Breve

Orillas

Roberto Burgos Cantor

Diseño colección: Josep Bagà Associats

© Roberto Burgos, 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2019

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-958-42-7672-8

ISBN 10: 958-42-7672-7

Primera edición: abril de 2019

Impreso por xxxxxxxxxxxxxxxx

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

EN LA ISLA	11
DE BALLENAS	22
LA SONRISA	27
EL CASTILLO	65
UN SUEÑO LICENCIOSO	122
ESQUINA CON SALTIMBANQUI	127
TANTA GENTE EN LA CALLE POR LAS NOCHES	144
MUJER EN ESQUINA	150
ES NADA	158
EL ROSTRO MÁS TRISTE	162
LA MUJER DE LAS SIETE	166
EL BREVE ADIÓS	169
EL GALLO Y EL VERDUGO	181

*A Ambrosio Fornet en su terraza
habanera.*

*A Cristo Rafael Figueroa en su
mesa lezamiana.*

EN LA ISLA

¿Quieres culear?

La voz era un soplo que mantenía la firmeza de las palabras. Su dirección. Rectas a mí. Tan extrañas en el lugar y la hora. Las hacían increíbles y me resultaba imposible aceptar su realidad.

El cristal de la pequeña vitrina empotrada en una pared de superficie irregular de color amarillo mostaza, sin esmalte, exhibía unas joyas de oro y recogía las sombras móviles de las ceibas y las acacias en el parque de enfrente que tenía a mis espaldas. La vitrina detuvo mi paseo y comenzaba a curiosear los diseños de pendientes, sortijas, brazaletes y cadenas, cuando la voz me dejó inmóvil.

Sí. Era la voz. Después, lo abrupto de la expresión.

Esa mañana, después de atravesar el río en el planchón, había desembarcado en La Bodega, una población de casas dispersas, reseca en verano y anegadiza en invierno. Un carretable de arena fluvial, blanda, entre

arbustos rastreros conducía a la Villa. Había que pasar un puente de hierro en el que cabía para cada cruce un automóvil, o camión, o recua de burros, y los del otro extremo esperaban. Lo armaron los ingenieros militares sobre el lecho de un canal. Desaguaba en la ciénaga y en esta época estaba casi seco, hasta que llegara la estación de las lluvias cuando corrían torrentes y se desbordaba.

Me animé a la incomodidad del viaje por la insistencia de los profesores, colegas que venían de universidades extranjeras a un coloquio sobre arquitectura colonial y tradición de orfebrería. Años antes se hacía una ruta apacible en los vapores del río Grande o en el hidroavión de tres vuelos a la semana, hasta que se desvió el curso del río y dejó inútil el cuerpo de agua que comunicaba a la isla. Ahora isla de aislamiento, preservada en un tiempo que pareció detenerse.

En el calor del mediodía el aire burbujeaba. Organicé el hospedaje en un hostel de pocas habitaciones, patio interior con árboles de guayaba agria, mangos, limoneros, y tres guacamayas silenciosas. Entre el bordado de sombra y sol, una alberca para refrescarse de la sofocación de horno de cal. En el agua quieta cubierta de hojas y flores minúsculas, moradas, de los mangos, flotaban lagartijas, salamandras y hormigas ahogadas. Dejé sobre la cama el maletín de lona con una muda y el neceser, y en la silla de mimbre el morral con algunos libros y los papeles de la ponencia. Encendí el ventilador de aspas, con telarañas, del techo, y puse el control en

varias velocidades sin lograr un poco de fresco. Parecía atascado en el aire espeso. Repasé con premura el programa y verifiqué la hora del primer encuentro: siete de la noche, en la Normal que todavía ostentaba el nombre de Normal de Señoritas Josefa Gordon de Jove.

Salí rápido. El reloj de pared, junto al escritorio de persiana de la recepción, dejaba caer en el silencio el golpe repetido del péndulo y las agujas en forma de espadas marcaban, casi, la una de la tarde. Una idea me hizo sonreír ante la mirada de somnolencia del conserje: el paso del tiempo sonaba como los golpes de boronas de tierra o los inexplicables ruidos internos de los ataúdes. El calor no me dejaba pensar en el almuerzo.

Me orienté hacia la albarrada y la casona vieja de la marquesa. Caminé pegado a las paredes agradecido de los ripios de sombra mientras la canícula quemaba todos los ruidos y un silencio de mordaza arrojaba a la Villa.

Pensaba en la ocasión anterior que vine a la Villa. Recordaba el aire donde volaban los sonidos de la caricia metálica de los orfebres en sus talleres de patio dando forma al oro.

Había diseños nuevos en la vitrina y los admiraba cuando llegó la voz.

Sacudí la inmovilidad y me separé un poco del vidrio para mirar atrás.

A un lado vi a la mujer. No pude quitar la mirada de sus ojos grandes, abiertos, sin pestañear, como ojos de una cara embalsamada. La piel morena oscurecida

por un verde tenue, aceitunado, y las cejas abundantes, encontradas. Lucía ¿? ropas indispensables: bata ligera sostenida en los hombros por tiras de la misma tela: popelina con flores de colores mustios y algunas costuras sueltas con hilos débiles: insinuación de huesos apenas cubiertos por la piel, en el pecho y en los brazos. Alcancé a considerar, sin quitar mis ojos de la mujer, si la ropa era indispensable por el clima o por las imposiciones de la pobreza. Entonces vi, además de sus pechos transparentados por la tela ligera, adelgazada por el uso y las lavadas con agua gruesa y jabón de tierra, las bolsas vaciadas y lo que quedaba de la flor oscura de sus pezones.

Dudé por un instante de si lo que vi enseguida era una inflamación de las malas aguas impotables de pozos estancados, insalubres, o un tumor inflamado, o si estaba embarazada. Llevaba los pies descalzos y pensé en cómo caminaba por este suelo calcinado y ardiente. La mujer percibió mi duda o mi sorpresa y con naturalidad me dijo: Sí, estoy preñada.

Me quedé en silencio y mis ojos persistieron en mirarla. La mancha verde satinada del bombacho y el dorado oscuro de los encajes que rodeaban los muslos atravesaban la bata.

Apartó los brazos del cuerpo y los abrió un poco poniendo las palmas de las manos hacia mí.

Ajá, dijo en voz baja. ¿Sí quieres?

Sin encontrar qué responder miré con movimiento tenue a mi alrededor: allí continuaban las joyas en la vitrina

sobre los cuadrados o rombos de cartón cubiertos de seda negra; el calor abrasivo que raspaba la piel; las ceibas y las acacias inermes, con la sombra deshidratada y el viento amarrado; el silencio que absorbía los pocos rumores que habían quedado en el fondo de los aljibes; o el suspiro resignado antes de dormirse de la única reclusa del manicomio, la Walkiria Di Filippo, quien repetía que el buque de la ópera se había ido sin ella, antes que el río abandonara su curso antiguo; y los jirones de las nubes evaporadas perdidos en un cielo azul lavado, sin límites.

Me salió una pregunta tonta: ¿Aquí?

La mujer me miró y sin disimular mantuvo una sonrisa incipiente y burlona.

Se puede, aseguró. A esta hora los únicos en la calle somos usted y yo. Ni los perros salen.

Qué va, dije, por decir algo, sin incredulidad.

Enseguida me di cuenta de que no sabía cómo rechazarla. Desconcierto, lástima, intriga, fascinación, temor, nervios se me enredaban sin poder distinguir qué predominaba, o qué sentía.

Ella siguió: Yo uso un baño del convento, aquí a la vuelta —señaló la esquina cercana— pega menos el calor y los curas duermen la siesta. Ni ven, ni oyen, ni entienden nada, están arropados por Dios. ¿Tú eres ruidoso?

Se me salió otra pregunta tonta.

Orinas allí, dije con duda, sin interrogarla, y me arrepentí enseguida.

No se ocupó en contestarme.

Se adelantó, bajándose de la acera y mientras recibía el sol inclemente y pleno me hizo gestos de seguirla.

Caminé despacio en medio del infierno envolvente de un calor indescriptible y del silencio, que parecía tener peso y frenaba los pasos. Miré a la mujer y caminaba intocada por el calor, sin apresurarse, como si su propuesta, para mí insólita, no surgiera de un deseo fuera de control.

La piel de las piernas, lisa de vellos y venas, brillaba por el sudor y caminaba con los restos de un garbo que todavía no la abandonaba. El trasero sin levantar la bata apenas se notaba, consumido. No estaba delgada sino enflaquecida con un estrago parecido al de los animales sobrevivientes al ahogo de un verano de pastos resecos y la caridad de una gota de agua ausente. Mantenía en la cintura el balanceo tenue de un conjunto de formas y movimientos que debieron darle intensidad al atractivo. Los talones se perdían en la costra de polvo amarillo que los tapaba.

Al portón abierto del convento lo custodiaba un hermano. Vestía un hábito de tela basta, blanca, raída, y dormía en el taburete recostado al muro de piedra porosa, con la cara reclinada en el pecho, la boca abierta y un gusano pequeño de babas que se deslizaba de la comisura de los labios. Había subido los pies al travesaño.

Rodeado de corredores amplios, el patio interior con bongas, carboneros, tamarindos, de hojas quietas, tenía una fuente sin agua en la mitad de varios senderos.

La mujer ingresó con la seguridad plácida de quien entra a su casa y caminó firme en dirección al final de uno de los corredores. Antes de perderse por una entrada se volteó y sacudió la mano en signo de que me apurara.

El calor seguía insufrible. Todo sonido parecía caer en el silencio, como si la vida a esta hora estuviera en otra parte.

La puerta sin hojas y de baja altura había sido construida en un muro de piedra que podía tener un metro de espesor. Adentro el espacio estaba dividido en tres cuartos cuyo interior era guardado por cortinas. Los separaban tabiques de hierro labrado, no alcanzaban el techo y se sostenían sobre patas con garras que dejaban una abertura entre ellas y el piso. No había claraboyas y a la penumbra se pegaba la hedentina de los sumideros. Enfrente del cuarto del medio había un aguamanil sobre un mueble de madera con una toalla arrugada. En la pared, un espejo de pocos reflejos, sin marco, mostraba parte de lo mismo a la luz indirecta que llegaba desde afuera.

La cortina más lejana estaba recogida y la mujer se cubría, en diagonal, con ella desde un hombro hasta la cintura y las rodillas. Alrededor de sus pies la pila insignificante de la bata y el bombacho.

Me acerqué y una vez adentro ella soltó la cortina. Ahora los ojos se habían ajustado más a la luz escasa y vi la estrechez del espacio, más largo que ancho, y contra el muro del fondo el altar de una letrina de cemento pulido.

Por la otra pared de piedra porosa, opuesta a la lámina de hierro, se movía a intervalos, en ascenso, un alacrán.

Concluida la inspección quedé sin pretextos y miré de frente a la mujer desnuda. Su rostro apacible encubría una sonrisa. La bandola, todavía alta, tensaba la piel y distinguí las ramificaciones de venas delgadas. Me sentí inerme, abandonado de ganas y sin saber qué hacer. No me atrevía a cerrar los ojos y abrazarla.

Ella se acercó. Más cerca de lo que estábamos, apretados, en ese lugar angosto. Veterana de iniciativas, con una sola mano soltó mi cinturón y de un movimiento experto desabotonó el pantalón y bajó la cremallera. Rodó lento por el sudor y ella jaló hacia abajo el calzoncillo por el elástico que gimió. Quedaron amontonados encima de los zapatos.

La camisa cubría a medias la vergüenza acoquinada de mis vellos húmedos y el sexo encogido por el desconcierto.

Estás habitada, dije. Un repentino acceso de humor me asistió: Te puede salir con dos cabezas, agregué.

Quedé pasmado y supe que había perdido los escrúpulos, el pudor, la pena, y sin bochorno me entregué.

Siguió en silencio y se arrodilló. Sentí su lengua caliente y árida que comenzó con finura a lamerlo y sus manos acariciaban mis nalgas. Quise poner las manos sobre su cabeza, agarrarme de sus cabellos, pero temí caerme. Pegué los dedos a la lámina de hierro.

Constante y sin prisa, su lengua se inundó de saliva y el antiguo deseo anunció su despertar. Yo mantenía

los ojos fijos en el muro y vi que el alacrán se acercaba a una lagartija. Entregado a la mujer, desaparecieron las preguntas estúpidas, la que no dije, por fortuna: ¿Qué haces? Quién sabe si me habría contestado.

Ella logró desatar el poder al deseo y la expansión de unas ganas sin límite se posesionaron de mí más allá del miembro que atrapaba la concentración de la mujer, su discreta sabiduría. Lo tomó con una de sus manos y pude imaginar que sobre las líneas de la palma lo contempló como pieza de joyería y subió la coraza. Sin interrumpir la delicadeza lo metió en su boca. Dejó una mano en mi trasero y la otra jugueteaba con la bolsa de los testículos que parecían contentos. Movía sus labios alrededor del mástil y a veces parecía roerlo, a veces besarlo, a veces comerlo, a veces chuparlo. Caverna de boca flexible, lo conducía por el túnel tibio, lo palpaba con la lengua caliente, lo acercaba a un fondo desconocido con campana, y sin temor se disponía a tragarlo. Acoger y expulsar, incertidumbre perpetua. Cuánto más aguantaré ahora que tengo ganas de quedarme allí y ahogarte.

Entre la armonía de las caricias conocidas y la sorpresa de las invenciones, la mujer empezó a soltar un gemido que al rato era monótono. De cierta vulgaridad. Lo sostuvo un tiempo más y varió el tono. Apenas el roce del arco a las cuerdas del chelo. Se incrustaba en el silencio sin alterarlo.

Me dejó a la intemperie y se paró. Pasó la lengua por los labios y acepté que era un gesto para mí, se relamía.